

Alberto González de la Calle, Maestro, Compañero y Amigo



Alberto nos ha dejado, así como él era, sin llamar la atención y sin que nos haya dado casi tiempo a despedirnos. Cuando unas semanas antes de marcharse le propusimos sus compañeros de Área y de Departamento reunimos para celebrar su reciente jubilación, no quiso aceptar, escondiendo su timidez bajo la excusa de que era mejor dejarlo para más adelante.

Tal vez el principal rasgo de Alberto fuese su carácter. Todo un carácter, de personalidad marcada e ideas conformadas y confirmadas sobre la firmeza de las fuertes convicciones que, acertadas o no, siempre aportaban un original toque de cariño a cada cosa que hacía o decía. Aunque la mayor parte de los que le conocimos destacaríamos su carácter firme, en realidad, Alberto era un sentimental y la sensibilidad era una de las facetas más importantes de su definido carácter. Es inolvidable esa forma que tenía de acercarse y ponerte un brazo en el hombro mientras te decía sonriendo “¿Cómo estás tío grande?”.

Fue, primero, mi Maestro a principios de los años 80 en la Escuela Politécnica de Cáceres, donde, desde la primera promoción de Diplomatura en Informática, ayudó a formar, durante casi treinta años, a varias generaciones de Diplomados e Ingenieros en Informática. Aún recuerdo cómo nos explicó el principio de funcionamiento de los transistores en aquellas extraordinarias clases de Electrónica.

Fue, después, mi Compañero desde los últimos años 90, compartiendo asignatura durante numerosos cursos en los que no tuvimos nunca el más mínimo problema. Se sentía perfectamente identificado con su tarea docente, que desempeñaba con gran seriedad y poniendo especial dedicación a sus actividades universitarias, principalmente como un Maestro, que tan necesarios son también en la Universidad.

Fue, por último, -en realidad lo fue para mi desde el principio-, mi Amigo, aunque su reservado carácter no le permitía muchas efusividades, ni tampoco desvelarnos su misterio interior. Hablaba con emoción de su afición a la genealogía, hasta el punto de tener recogido el árbol genealógico de sus antepasados de hace varios siglos. Le conocimos múltiples aficiones y defendía con vehemencia sus principios, pero, lo que tal vez más le atraía era su pueblo de Tejeda de Tiétar, a donde se escapaba cada vez que podía y donde tiene grandes amigos.

El profesor y filósofo Rubem Alves supo resumir en una sencilla frase una profunda reflexión que bien puede compensar toda una vida dedicada a la docencia: *"Enseñar es un ejercicio de inmortalidad. De alguna forma seguimos viviendo en aquellos cuyos ojos aprendieron a ver el mundo a través de la magia de nuestra palabra. Así, el profesor no muere nunca..."*.

Alberto, Tío Grande, hasta siempre, Amigo, Maestro y Compañero. José Luis González Sánchez.